

CAPITULO II.

CONTINUACION DE LA CAMPAÑA DE FRANCIA. —

CAPITULACION DE PARIS.

ENTRETANTO, supo Napoleon en Chatres que la derrota del cuerpo de San Priest en Reims, y su propia marcha sobre Epernay, habian cambiado en retirada sobre Troyes el movimiento general de los aliados sobre Paris. Un terror pánico se habia apoderado de los reyes, y era tan grande el miedo, que el mismo Alejandro decia que la mitad de su cabeza encaneceria. Si los aliados vienen á Paris, será bien á su pesar, y se manifestarán tanto mas irritados contra Napoleon, cuanto que hubieran podido triunfar antes de él. Macdonald y Oudinot, que tuvieron que retrogradar de Provins, se reunieron al Emperador en Plancy; Napoleon creia maniobrar sobre los flancos del enemigo contra un cuerpo aislado. Pocos dias despues, un error enteramente contrario debia serle muy fatal.

El 20, quiso el Emperador atravesar Arcis para subir hasta Bar del Aube; pero las tropas que envió á reconocer el país hasta Troyes, se encontraron con el enemigo. Una accion muy seria se empeñó con la vanguardia. Napoleon se puso á su cabeza con treinta mil hombres, á fin de desembarazar su camino. Un ejército numerosísimo se desplegó delante de él, el de Schwartzemberg...! Cansado de tantos combates parciales; en los que Napoleon multiplicaba sucesivamente la victoria contra los cuerpos del ejército grande de los aliados, al fin se decidió aquel generalísimo á poner un término á tantas derrotas, y desde que el príncipe real de Suecia estuviese en la línea, hacer simultáneamente un movimiento general de irrupcion europea contra la capital. Empero, solicitado de nuevo el emperador Alejandro, habia resuelto marchar sin esperar á Bernadotte. Esta tempestad inesperada era la que Napoleon veia caer sobre su cabeza el 20 de marzo en Arcis, aniversario de tantas fortunas diversas en el curso de su vida.

Napoleon nunca supo retroceder mientras pudo combatir. En aquella jornada, solo se considera como el primer soldado de la Fran-

cia, á quien su vida pertenece enteramente; mil veces la presenta al acero y al fuego del enemigo, que no la quieren, viéndose frecuentemente obligado á servirse de su espada, para hacerse paso por medio de las masas que le circundan por todas partes. Una granada cae á sus pies, espanta su caballo, revienta al fin, y una nube de polvo le obscurece á la vista de sus soldados; empero, ni él ni su caballo tuvieron la menor lesión; en seguida fue todavía inutilmente á buscar la muerte en medio de sus baterías. Mientras que Napoleon tuvo la espada en la mano, Arcis era inexpugnable para el ejército de ciento cincuenta mil hombres que la sitiaban. Llega la noche, la cual no suspende los peligros del día; porque el incendio de los arrabales y el fuego continuo de ambos ejércitos, dan claridad suficiente para la defensa de los Franceses, y los trabajos de los sitiadores, cuya terrible claridad dirige los ataques. Un solo puente queda todavía á Napoleon para libertarse él y sus soldados de una pérdida inevitable; mandó echar otro, y el 21 por la mañana evacuamos á Arcis. Entretanto, el combate iba siguiendo, y la retirada de Napoleon delante de unas masas

tan superiores, fue un brillante hecho de armas que hay que añadir á su historia. El enemigo podia haber aniquilado al ejército frances; pero todavía le teme, tan amenazador es, aun retirándose. Napoleon se retiró sobre Vitry-le-Français. El enemigo se hallaba en posesion del camino de la capital.

Napoleon pasó en Sommepuis la noche del 21 al 22; el 23 se hallaba su cuartel general en San Dizier donde se reunió el duque de Vicencio, á las nueve de la noche. Este ministro escribió á Metternich, dictándole Napoleon: «No habiendo podido llegar hasta esta noche » cerca del Emperador, S. M. me ha dado inmediatamente sus últimas órdenes para la » conclusion de la paz; entregándome al » mismo tiempo todos los poderes necesarios » para negociarla y firmarla.» Finalizada esta carta, y en el momento en que Napoleon montaba á caballo para dirigirse sobre Doulevant, se presentó el baron de Weisseberg, embajador austriaco en Londres, que volvia de Inglaterra; quiso oírle antes de remitir el pliego del duque de Vicencio, confiando, para que lo llevase, al coronel Galbois del estado

mayor del príncipe de Neuchatel. Napoleon prescribió al baron de Weissemberg le siguiese hasta Doulevant, donde le encargó de una comunicacion verbal para el emperador de Austria, relativa á la conclusion de la paz; empero esta comision no podia desempeñarse, porque, con motivo de un movimiento del general Piré en Chaumont y sobre el camino de Langres, el emperador de Austria se habia visto separado de Alejandro, y obligado á refugiarse á Dijon, acompañado de un solo oficial. Si en esta refriega se hubiera cojido á aquel príncipe, su rescate hubiera entrado sin duda por mucho en las condiciones de la paz, y Doulevant habria juzgado el proceso de Chatillon, de Francfort y de Praga.

Napoleon halló en Doulevant un aviso secreto del conde de La Valette, director general de correos, concebido en estos términos: *No hay que perder un momento si se quiere salvar la capital.* Napoleon sabia muy bien que, políticamente hablando, Paris era la Francia; pero, rodeado por el ejército aliado, ¿cómo podia abrirse camino para llegar antes que él á Paris? El 26, un cañoneo muy vivo llamó su atención sobre San Dizier. Atacada

su retaguardia por fuerzas superiores, tuvo que evacuar aquella ciudad. Milhaud y Sebastiani acudieron con su caballería, y rechazaron al enemigo en el vado de Valcourt sobre el Marne. Arrojado el enemigo de San Dizier, donde entra el Emperador, se dispersó en el mayor desorden por los caminos de Bar del Ornain y de Vitry. El 27 por la tarde, supo Napoleon cerca de esta ciudad, que quien le perseguia, no era Schwartzemberg, sino uno de los tenientes de Blucher, Wintzingerode, á quien habian destacado para encubrirle el movimiento general de los aliados sobre Paris. Tambien supo allí que por fin Blucher se habia reunido á Schwartzemberg, el 23, en las llanuras de Chalons, despues de su salida de Arcis; y en el mismo dia, una proclama de los aliados, dictada por los emisarios de la comision conspiradora de Paris, anunciaba á la Francia el rompimiento de las negociaciones y la marcha de Schwartzemberg y de Blucher sobre la capital. « Los aliados, dijo el general Wilson, testigo ocular, se encontraban en un círculo vicioso, del que les era imposible salir, si la defecion no hubiese venido en su auxilio.... El

» movimiento sobre San Dizier, que debía asegurar el imperio á Napoleon, le hizo perder su corona. » Entretanto no desespera Napoleon de la salud de la capital, contando con llegar bastante á tiempo para hacer pagar muy caro á los aliados el error en que estaban desde su salida de Arcis. Mandó á Marmont y á Mortier, que se replegasen á toda prisa sobre Paris, que detuviesen todos los comboyes, y reuniesen á sí todos los refuerzos. De este modo aquellos dos mariscales presentaron al enemigo, delante de las trincheras de los arrabales, una fuerza intacta que debía sublevar y llamar á sí toda la poblacion de la capital. ¿Que hará Schwartzemberg, cuando halle bajo los muros de Paris todo el aparato de una batalla de exterminio, en la que medio millon de Franceses combatirán por la defensa de sus hogares, y cuando sienta detrás de sí la llegada como el viento de Napoleon á la cabeza de sus treinta mil hombres esforzados, sostenido por la insurreccion de los Vosges, del Jura, del Aube, de la Costa de Oro, etc.?... Si Napoleon hubiese pensado que era ya muy tarde para libertar á Paris, hubiera ejecutado su primer proyecto, de ir á reunir sus guarniciones de la Lorena,

y la Alsacia; habria llamado á sí el generoso levantamiento en masa de los pueblos mas guerreros de la tierra natal. Por otra parte, su hermano José tenia orden de resistir hasta el extremo, de fortificar las calles de Paris, de hacer troneras en las casas, de cortar los puentes exteriores, y de quitar todos los barcos. Clarke habia mandado venir de Cherbourg y del Havre ochenta piezas de artillería de grueso calibre, que debian ponerse en batería. La comision de defensa habia circundado Paris de reductos; veinte mil hombres organizados en los depósitos comarcanos, estan prontos á entrar en línea con las demas fuerzas de la capital. Ademas del terror que inspira una ciudad tan grande y el zelo de su guardia nacional, cada dia mas vivo, Paris puede sostenerse el tiempo necesario para que la llegada de Napoleon la liberte al momento; pero por desgracia es preciso contar con la fidelidad de Clarke y con la intrepidez de José!

El 28 por la mañana, salió Napoleon de San Dizier con la velocidad del rayo para la capital; y estaba tan seguro de llegar á Montmartre antes que el enemigo, cuanto que, segun

la relacion de sus correos, el camino de Troyes se hallaba libre. De manera que el Sena era el Rubicon de ambos partidos. El Emperador, que se decidió á seguir la orilla izquierda, envia á toda prisa al general Dejean, para que anuncie su vuelta á los Parisienses, haciendo en aquel dia quince leguas mortales consu guardia, y entra en Troyes. Desde aquella ciudad expidió al general Girardin, primer ayudante de campo del mayor general, con la misma comision. Estabamos en el 29, en el instante mismo en que se reunia un consejo en las Tullerias, y á pesar de la oposicion de Talleyrand, que quiere la regencia y se opone con mucho calor á que se alejen María Luisa y su hijo, aquella princesa y el rey de Roma emprenden su viage para Blois, escoltados por dos mil quinientos hombres de línea que hacian mucha falta en Paris. De acuerdo, sin saberlo, con el viejo y antiguo ministro, un niño de edad de tres años y nueve dias habia exclamado en vano, al salir del palacio de las Tullerias: «Yo quiero quedarme en Paris.» Su débil voz no fue escuchada; y sin embargo el instinto de una naturaleza generosa habia inspirado al jóven rey de Roma, como si hu-

biera previsto que la resolucion del consejo destronaba á Napoleon y desheredaba á su hijo. Los grandes dignatarios, los ministros, aun el de la guerra, y el rey José, á quien Napoleon habia confiado la capital, todos siguen apresuradamente los pasos de la regenta, á quien acaban de hacer abdicar con su partida. Talleyrand retardó cuanto pudo la suya para que no se le dejase salir por las puertas; permaneció pues en Paris, á fin de esperar y juzgar de los acontecimientos. La comision se reunió en su rededor; el temor, el interes, la ambicion, todo, excepto el patriotismo, llenaron su casa de concurrentes, la cual se convirtió en el centro de un gobierno desconocido que hoy obra y delibera misteriosamente, y mañana publicará sus oráculos.

El 30, despues de algunas horas de descanso, Napoleon continuó su camino. ¿Qué necesidad tenia de llegar con un ejército? El solo es el ejército que puede salvar á Paris. A algunas leguas de Troyes se mete en un mal carruage de posta que lleva toda la fortuna de Cesar. En cada muda de caballos pregunta donde se halla la Emperatriz y el rey de Roma. Le dicen que su muger y su hijo han

abandonado á Paris , y que se pelea en las puertas..... No corre , vuela.... A las diez de la noche solo cinco leguas le separan de Paris... Dentro de una hora se hallará á la cabeza de los valientes que disputan la capital á los aliados..... *Ya es tarde de dos horas..... Paris acaba de capitular.*

Napoleon se hallaba á pie sobre el camino, en la casa de postas de Fromenteau , cuando recibió esta fatal noticia por el general Belliard, que Paris ha visto figurar entre sus defensores mas ilustres. Los correos enviados por Napoleon á Paris , igualmente que los enviados á los mariscales Mortier y Marmont, habian sido interceptados ; creyendo estos mariscales que el Emperador se replegaba sobre ellos despues de la batalla de Arcis , habian venido á su encuentro hasta la Fere-Champenoise , donde atacados el 21 por el ejército grande de los aliados , y por un huracan espantoso que batió sus tropas por el frente, resistieron durante muchas horas , y tuvieron que ceder al número. Los generales Pauthod y Amey escoltaban un comboy con sus divisiones ; en todo tenían seis mil hombres, de los cuales cuatro mil , á lo menos , estaban todavía vestidos con

los trages que habian traído de sus casas ; eran reclutas de los departamentos del Oeste. Habiéndose encontrado con un ejército enemigo, se dispusieron á vender caro su vida ; las guardias rusas, prusianas y austriacas se estrellaron contra aquellos batallones rústicos. El combate se hizo espantoso ; hombres de todas las naciones acometieron á aquel puñado de Vandeanos , que la víspera de la vuelta de los Borbones , juraron morir por Napoleon , no quisieron dar ni recibir cuartel , y casi todos perecieron. Los generales Pauthod , Amey , Jamin , Delort , Thevenot y Bonté , solos todavía en medio de sus cuadros, echados por tierra, cayeron en poder del enemigo. La muerte de los valientes , que sostuvieron con su ejemplo hasta el último momento , fue el sacrificio de las Termopyles con el ejército de los Sátrapas del Norte ; pero no debia salvar la patria. Este combate heroico , cuya fortuna tuvo consecuencias tan funestas para nosotros , habia originado tal encarnizamiento , que no pudiéndose reconocer los aliados por la variedad de uniformes , se batieron unos contra otros. En consecuencia , el generalísimo mandó á todo el ejército invasor que llevase un lazo

blanco en el brazo izquierdo; dos días después, esta orden de los conjurados de París recibió una pérfida y peligrosa interpretación; dijeron que los aliados habían enarbolado los colores de la casa de Borbon.

Los mariscales habían honrado su retirada sobre París con combates brillantes en Sesana, en Chailly, en la Ferté-Gaucher, en Triport, en Meaux y en Vila-Parisis. Separados uno de otro en Nangis, Mortier había marchado por Guignes, y Marmont por Melun. Reunidos en Brie del Conde-Robert, llegaron juntos á Charenton, donde dieron las disposiciones necesarias y ordenaron sus tropas para la batalla del día siguiente 30 de marzo; ésta fue la batalla de París. El 29, los aliados refluieron sobre París por los caminos del Norte y del Oeste. Entretanto, los mariscales consiguieron reunir, en aquella terrible situación, algunos miles de hombres de los depósitos, diez mil ciudadanos de la guardia nacional parisiense y varias compañías de artillería, formadas espontáneamente por los generosos alumnos de la escuela politécnica. A las cinco de la mañana emprendieron el combate Mortier y Marmont, á la cabeza de treinta mil

hombres poco más ó menos. Nunca habían manifestado los Franceses tanto valor; los pueblecitos de Pantin y de Romainville, ocupados y desocupados muchas veces por los enemigos, al fin quedaron en nuestro poder. El enemigo dejó doce mil muertos bajo los muros de París; nuestra pérdida fue mucho menor, á pesar de que nuestras tropas no combatían sino para morir á la vista de setecientos á ochocientos mil habitantes que no supieron sostener á los vivos, ni reemplazar á los muertos. Ni José, ni el ministro de la guerra Clarke habían organizado la defensa material de la capital, á pesar de que la comisión de defensa había proporcionado todos los medios para ello. El ministro se había negado á distribuir veinte mil fusiles que había en el Arsenal, á otros tantos valientes que los pedían. Al medio día, la gran ciudad y el pequeño ejército se hallaron circundados por la inundación extranjera en Montmartre, en Charona y en Vincennes. Entonces el rey José, que preguntándose á sí mismo ¿Qué haría mi hermano en mi lugar? hubiera debido permanecer en su puesto hasta el último suspiro, mandó capitular á los mariscales, y se puso en marcha para